

Al señor don José Luis Vila-San Juan. Muy señor mío:

1. Según el artículo de Francisco Umbral (*Destino*, 22-V-75), yo hubiera dicho, hablando del libro de usted, que «me parece que es un libro pro-gubernamental». No he dicho esto. Decirlo sería una evidente tontería. Lo que sí he dicho es que su libro me parecía mostrar una tendencia profalangista, que no es lo mismo. Umbral no tomó notas hablando conmigo ni grabó nuestra conversación. Me atribuye una frase que no dije.

2. En mi carta abierta, publicada en TRIUNFO (1), no digo que es usted falangista. Digo: «Pero si quiero destacar un aspecto fundamental de su libro. Se trata de lo que yo considero su actitud profalangista...». Luego, después de mi análisis de lo que usted dice sobre la estructura de la Falange granadina, concluyo: «Creo, en fin, que al suprimir usted toda referencia a los antecedentes falangistas de Valdés y al decidir no investigarlos a fondo muestra, así como en otros aspectos de su narración, una línea apologética profalangista. Sólo puedo conjeturar el porqué de esta ofuscación». Se puede tener una tendencia profalangista, prosocialista o pro lo que sea sin pertenecer por eso a un partido político.

3. Sigo creyendo, después de leer su libro por cuarta vez, que, efectivamente, tiene éste una tendencia profalangista. ¿Por qué sigue usted sin explicarnos la razón de que si en 1972 Valdés era para usted «falangista de los primeros tiempos» ahora no lo cree? Repito que usted ha suprimido el hecho comprobado de que Valdés fue «camisa vieja». Usted dice: «No lo oculto. Pero no lo destaco, porque Valdés, a mi modo de ver, no era falangista. Estaba, posiblemente, afiliado a Falange (no demostrado) porque era enlace en la conspiración contra el Gobierno entre Falange y los militares». ¡No lo destaca! ¡Ni lo menciona! Pero según la *Historia de la Cruzada*, según Gollonet y Morales, según Stanley Payne, historiador de la Falange, Valdés había sido nombrado jefe de las milicias falangistas granadinas en la primavera de 1936. Este detalle se podría comprobar fácilmente. ¿Cómo decir entonces que Valdés «no era falangista»? De todas formas, hace falta que alguien investigue a fondo esta cuestión. Hasta tener más información, yo no aceptaría la afirmación de Perales, citada por Marcelle Auclair y usted. Es decir, no la aceptaría como prueba contundente.

Y otra cosa. El capitán Nestares, con quien usted tampoco consiguió hablar, fue también «camisa vieja» de Falange. Este hombre, que mandaba las fuerzas nacionales en Viznar, tiene que saber más que nadie de cómo murió García Lorca. Es una pena que usted no le pudiera entrevistar.

4. Usted dice en su libro que el doctor Rodríguez Contreras me «dictó casi la mitad del libro» (página 36). Yo lo niego en mi carta abierta. Usted no ha retirado lo que dijo: otra falta de generosidad de su parte. Acabo de recibir una carta del doctor Contreras con una copia de la que le ha mandado a usted, y donde, entre otras cosas, dice que esta aseveración suya es «totalmente incorrecta». Sigue: «Cuando conocí a Ian Gibson llevaba éste bastante tiempo en esta ciudad y tenía casi terminada su obra...». ¿Está claro?

5. Las fotografías. Usted admite

que en su libro «se han reproducido dos fotos de recortes de diario» que figuran en el mío. Muy bien, pero no admite haber incluido también mis fotos del libro de Ruiz Alonso, en una de las cuales se puede observar el mismo número de la placa 3 de mi libro. Sigo creyendo que en este aspecto de su libro usted y su editor han procedido sin entereza o, por lo menos, sin cortesía.

6. Yo no tengo «creencia total en el libro de Gollonet y Morales». ¡Qué tontería! Pero sí creo que los detalles que dan estos autores sobre la organización de la conspiración en Granada y los acontecimientos de los primeros días son, en su mayor parte, exactos. El libro tiene el valor indudable de haber sido publicado en 1937, y contiene una verdadera cantera de información, capaz de ser comprobada. Me

ganización del alzamiento. ¿Me comprende usted?

7. No digo que usted no ha descubierto nada nuevo. Aquí muestra otra vez su gran talento para la paráfrasis inexacta. Digo: «¿Cómo es que no haya podido descubrir nada realmente nuevo, con la excepción de unos pocos detalles?». No sé qué le pasa a usted, es como si fuera incapaz de leer lo que tiene delante de los ojos. Reconozco que usted ha encontrado unos pocos detalles nuevos, pero son en realidad muy pocos. Esto me ha decepcionado mucho, créame. El hecho de que yo disienta de usted no prueba que usted ha descubierto cosas nuevas, como usted da a entender. Disiento de usted porque creo que me trata injustamente y porque, además, se ufana de decir «toda la verdad», cuando casi siempre no hace sino reproducir

## LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

dio muchas pistas que pude seguir con provecho, y durante mi larga estancia en Granada discutí cada aspecto del libro con personas de los dos bandos que habían vivido aquellos trágicos días.

Usted, para probar que mi «creencia total» en el libro de Gollonet y Morales no está justificada, menciona el caso del primer bombardeo republicano de Granada en 1936. Los autores dan como fecha de este bombardeo el 29 de julio (no el 19, como figura en TRIUNFO, error de composición que no se encuentra en su manuscrito). Usted comenta: «... el diario *Ideal*, del sábado 1 de agosto, dice «ayer», y julio tiene treinta y un días». Es decir, según *Ideal*, diario granadino que debe estar bien informado, el primer bombardeo tuvo lugar el 31 de julio y no el 29. Conclusión: Gollonet y Morales están equivocados y no debe tomarse en serio su libro. Pero se da el caso que es el señor Vila-San-Juan quien está equivocado. Si usted hubiera mirado el número de *Ideal* del 30 de julio de 1936, habría podido leer en la tercera página el siguiente titular: «Un ataque aéreo a Granada, victoriosamente rechazado». Sigue un relato detalladísimo de cómo se produjo el bombardeo a las nueve de la mañana del 29 de julio: el primer bombardeo de Granada, señor Vila, y no el segundo a que se refiere usted.

Pobre ejemplo ha encontrado usted para probarme que no debía fiarme de Gollonet y Morales.

En cuanto a lo que dicen estos autores sobre la actuación posterior de Valdés como «administrador justo y equitativo de la provincia», ¿para qué preguntarme si «lo creo» también? Usted me trata como si yo fuera un perfecto imbécil. Es claro que el libro de Gollonet y Morales no dice ni pío sobre la represión de Granada, pero no por eso deja de tener gran interés, por la cantidad de datos que ofrece sobre la or-

(y suprimir) lo ya sabido fuera de España.

Usted nos ofrece una pequeña lista de las cosas descubiertas por usted, en vez de comentar sobre las muchas lagunas de su libro que señalé en mi carta abierta. Si TRIUNFO permite, las comentaré brevemente una a una.

a) Creo que lo de una orden de libertad entregada por el general González Espinosa a José Rosales podría tener interés. Pero haría falta investigar esto más a fondo, ya que por el momento sólo tenemos la palabra de Rosales. Tengo que admitir que me ha divertido mucho la nota a pie de la página 193 de su libro: «Este documento asegura José Rosales que tiene que estar en su casa. Lo ha buscado sin conseguir encontrarlo». Para utilizar una frase que me aplica usted: «Sin comentarlos».

b) Lo de la mentira de Valdés a José Rosales es cosa sabida desde que Marcelle Auclair publicó su libro en 1968. Lo repetí en el mío en 1971.

c) Usted no ha probado que a Lorca le llevaron desde el Gobierno Civil a Viznar en la noche del 17 de agosto de 1936, pues es seguro que el poeta estuvo allí hasta la noche del 18. Usted no habló con Angelina, la criada de los Fernández Montesinos, y dice en la página 102: «Yo creo muy poco en los relatos de la octogenaria (en 1965) Angelina». Estos relatos, que, por mis pecados, grabé sin que Angelina lo supiera, los publiqué en 1971. Me ha complacido enormemente leer la entrevista con Angelina publicada recientemente por Antonio Ramos Espejo en TRIUNFO (17 de mayo de 1975), pues demuestra que, diez años después de mi estancia en Granada, Angelina sigue con la memoria clarísima. Todo lo que le dijo a Ramos corresponde a lo que me dijo a mí. Y conste que Angelina no conocía mi libro. Y una cosa: si usted acepta la

exactitud de lo que le dijo la también octogenaria Carmen Ramos González, quien «aún estaba en pleno dominio de sus facultades mentales...» (página 54), ¿por qué rechaza el testimonio de Angelina? A mi juicio no tiene el derecho de hacerlo, especialmente los detalles sobre las dos visitas matinales de la criada a la habitación donde estaba encerrado Lorca. Angelina está completamente segura de que vio dos veces al poeta y estoy convencido que tiene razón. A ver si usted va a Maracena y habla con ella, ¿o es que no piensa sacar una segunda edición de su libro?

d) El testimonio de «J. G.» tiene un interés indudable, y espero que será posible publicarlo algún día in extenso con el nombre del guardia de Asalto. Por el momento no estoy convencido de que Lorca estuvo en «La Colonia», pues los enterradores con quienes hablé negaron que hubiera pasado tiempo allí. Sobre esto tendremos que reservar nuestra opinión hasta tener más pruebas fidedignas.

e) La tesis sobre la llegada del general Varela. Esta tesis no me convence. Además no es muy nueva, ya que Marcelle Auclair la esbozó en 1968. Sabiendo de la inminente llegada del bilbaureado general Varela el 20 de agosto de 1936, Valdés, según Marcelle Auclair, decide hacer desaparecer el cadáver de Lorca y, según usted (página 166), «decide dejar limpia «La Colonia»». ¿Cómo lo sabe usted? ¿Cuál es la fuente de esta información que usted da, no como tesis, sino como hecho concreto? ¿Y por qué limpiaría Valdés «La Colonia»? ¿Qué tenía que ver Varela con lo que pasaba en Granada? Luego usted dice: «Esta tarde Valdés ha vuelto a hablar con Sevilla» (pág. 160). ¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién se lo ha dicho para que lo pueda sentar como hecho? Yo digo en mi carta abierta que usted «no gusta de precisar fuentes». Lo repito: usted no gusta de precisar fuentes. Una y otra vez proporciona como exactos detalles cuya fuente no señala. ¿Cómo se puede tomar en serio una narración escrita así?

f) Sobre las relaciones entre Ruiz Alonso y la Falange, usted reproduce el testimonio de José Rosales sobre el intento del diputado de la CEDA de pasarse a Falange antes de la guerra. Puede ser cierto que Ruiz Alonso le pidiera a Rosales el sueldo a que usted se refiere. No lo sé. Otra vez estamos sin documentación y entregados a la memoria de una persona que pudiera tener interés en tergiversar los hechos.

g) Me sorprende que usted incluya entre la lista de sus aciertos el mérito de haber descubierto «el lugar donde fue asesinado» el poeta. Mi impresión es que usted localiza este lugar donde yo y los demás investigadores que le hemos precedido.

Repito que usted ha descubierto muy poco.

8. Su bibliografía. Digo otra vez que es endeble. El hecho de que consta de 124 libros, comparado con 60 en el mío, no tiene interés, ya que la calidad de una bibliografía no depende de la cantidad de libros citados. Esto debe ser obvio. Además, toda la primera sección de su bibliografía está tomada, sin reconocerlo, de la bibliografía incluida en la edición Aguilera de las *Obras completas* de Lorca. Supongo que esta labor de recopilación la entregó a otra persona, pidiéndole que entresacara todas las referencias anteriores a la muerte del poeta. Labor fácil, pero peligrosa, y es una pena que usted no haga comprobar estas referencias antes de publicarlas, ya que, al reproducirlas, reproduce incluso los errores

(1) Ver TRIUNFO, números 661 y 663.

de Aguilar, probando así que no ha visto todas las referencias citadas. ¡Usted tiene tanto que aprender!

La segunda sección de su bibliografía es también flojísima, mezclándose en ella referencias de la más diversa índole. Al lado de varios libros sobre Lorca en general (entre ellos dos de los más enclenques que se han hecho sobre Lorca, el Iglesias Ramírez y el Vicent) encontramos otros sobre varios aspectos de la guerra civil. Usted no ofrece al lector ninguna bibliografía sobre la muerte de Lorca, lo que en un libro de esta clase es inabarcable.

Usted también se jacta de esos cuarenta y dos títulos de diarios y revistas que usted habría consultado. Pero como da los títulos sin fechas y apenas los menciona en su libro, una sección de su bibliografía carece totalmente de interés. ¿Para qué queremos saber que usted consultó «La Voz», Madrid; «L'Express», París; «El Siglo», Bogotá; «Epoca», Milán, etcétera? No lo sé.

Que juzgue el lector, pero a mí me parece que su bibliografía es endeble, por no decir deshonestas.

9. Sigo creyendo que usted ha sido injusto conmigo, y no solamente por lo del doctor Contreras. Usted dice de mí al principio de su libro: «Es el más tenaz, el que más exhaustivamente detalla, aunque se politiza exageradamente enmarcando el hecho de una denuncia total contra la represión nacionalista de Granada» (página 34). ¿«Exageradamente»? ¿Quién lo dice? No creo que me politice exageradamente situando la muerte de Lorca entre los miles de víctimas de la represión granadina. Usted tiene la cara de preguntarme si he tratado de publicar mi libro en España. Si yo hubiera enfocado la muerte del poeta como un hecho más o menos aislado, como hace usted, acaso esto hubiera sido posible. Pero es precisamente porque enmarco la muerte en un contexto histórico que mi libro ha sido prohibido. Y nótese que mi libro no constituye sólo «una denuncia» de la represión granadina, sino un análisis muy pormenorizado, muy documentado, de lo que pasó en la ciudad. Usted ha podido publicar su libro en España porque usted, siendo un liberal muy liberal, ha aceptado «no politizarse». Esta «toda la verdad» resplandeciente que vemos en la cubierta de su libro no es posible decirlo en España, y esto lo sabe usted y lo sabemos todos. Y a propósito, ¿qué es eso de asesinato? Si la muerte de Lorca fue un asesinato, también fueron asesinatos las muertes de todas las demás víctimas de la represión nacional. Al calificar de asesinato la muerte de Lorca usted embrolla otra vez los hechos. A Lorca le ejecutaron los nacionales de Granada, y es todo.

Injusto conmigo, sí. Al fin de la sección donde habla de mi libro y mi persona, dice: «No insisto aquí en el análisis del libro de Gibson, pues las principales discrepancias o concordancias con él las expongo en «notas a pie de página» del capítulo «Crónica del asesinato»» (página 36). Pero lo que pasa es que usted se limita a señalar las discrepancias y oculta totalmente las concordancias, como se puede ver fácilmente al leer las notas a pie de página a que se refiere usted. Claro, si usted se hubiera dedicado a señalar concordancias no habría habido libro: la lanza se habría quedado en palmatoria, para echar mano de una anécdota de Lorca. He dicho antes que usted «no gusta de precisar fuentes». Esto no

quiere decir que no lo haga de vez en cuando, pero en lo que me toca a mí no lo suele hacer. Podría dar muchos ejemplos de este *modus operandi*, pero me limitaré a tres o cuatro casos.

Usted reproduce la nota publicada en *Ideal*, donde aprendemos que la famosa visita a la Huerta de San Vicente tuvo lugar el 8 de agosto de 1936 y que el casero se llamaba Gabriel Ruiz Perea. Descubrir este texto y publicarlo en 1971 fue una de mis aportaciones originales más importantes, pues estableció por primera vez la fecha en que Federico se trasladó a casa de los Rosales. Un documento histórico, fidedigno, y, claro, una «concordancia» no señalada por usted.

Usted da, en su página 78, el número de fusilados del cementerio granadino publicado por mí en 1971, después de haber visto los registros oficiales. Lo reproduce sin mencionar su fuente y sin comprobar el número, fiándose de mí sin decirlo. Cualquier investigador serio y sensato hubiera dicho algo como «según Gibson, la cifra de fusilados, etcétera». Pero no así usted.

Por lo visto yo soy una de las pocas personas en el mundo que ha hablado con el evasivo Ramón Ruiz Alonso, cosa rarísima cuando se piensa que este señor vive en Madrid y no en la Luna. Usted exclama: «No entiendo cómo pudo arreglárselas el escritor irlandés, pero es así» (página 176). Fue muy fácil. En vez de perder el tiempo haciendo fútiles llamadas telefónicas, como usted haría años después, me presenté en su oficina. Le dije que quería hablar con él sobre la muerte de Lorca, y me recibió muy amablemente. Como usted sabe, grabé en cinta magnetofónica todas mis conversaciones con el ex diputado de la CEDA. Pues bien, habiendo podido usted disfrutar de la lectura de las palabras de Ruiz Alonso transcritas por mí, ¿por qué dice que fueron estas conversaciones «una inútil pérdida de tiempo»? Si yo no hubiera hablado con Ruiz Alonso, usted en su libro no habría podido comentar sus palabras. Además creo que sus palabras tienen un gran interés, incluso los «disparates, disculpas y mentiras» que, según usted, «hacen palidecer o sonrojar al lector» (página 176).

Último ejemplo: la muerte de Joaquín García Labella, catedrático de la Universidad de Granada. Usted comenta: «Gibson, en la página 59, «le fusila» en el cementerio, y en la página 93, en Viznar» (pág. 253, nota 9). Si usted lee otra vez mi página 93 verá que no le fusilo al desafortunado catedrático en Viznar. Trabajaba allí como enterrador, pero luego le llevaron a Granada para fusilarlo. He visto su nombre en la lista de los fusilados en el cementerio.

En fin, podría seguir comentando otros aspectos de su libro, pero creo que es tiempo de callarse definitivamente. Lorca, al escribirle a Jorge Guillén en 1926, le dijo que, después de terminados los últimos poemas del *Romancero gitano*, no tocaría «¡jamás!, ¡jamás!» este tema. Yo, realmente cansado del tema que nos ocupa, digo lo mismo y de aquí en adelante me dedico al *cricket* para descanso del cuerpo y del alma.

Entre tanto, espero que surjan nuevos investigadores españoles que trabajen con tesón y honestidad no sólo sobre García Lorca, sino sobre los múltiples aspectos de la guerra que quedan por aclarar.

Reciba un saludo de s. s. ■ IAN GIBSON, Department of Spanish, Birkbeck College (University of London).

# antes



# y después



## de leer

# HERMANO LOBO

## LA REVISTA DE HUMOR SIN ADULTERACIONES